

LOS CUADERNOS DE TAIZÉ

13

Hermano François

¿Está Cristo dividido?

Una pregunta imposible

Al constatar las divisiones que se produjeron en la joven Iglesia de Corintio, San Pablo llega a plantearse la pregunta: “¿Está Cristo dividido?” (1 Corintios 1,13). Si todos se reclaman de él nadie se plantea aparentemente qué lugar tiene Cristo en sus divisiones. Se colocan en diversas fracciones pero desconocen por ello que él es el mismo, el único para todos. Llegan a olvidar justamente que él vino con el poder de unir y reconciliar. Siguiendo su lógica, ¿pueden aún evitar crear varios

Cristos, cada uno según los gustos y la forma de pensar propias? Se arriesgan a romper en mil pedazos al que no es una idea, sino una persona viva. Someten con prácticas de hombre viejo al que ha resucitado, el Hombre Nuevo.

Los círculos concéntricos

Las relaciones entre Iglesias cristianas no cesan de cambiar. Antes del Concilio Vaticano segundo predominaba una visión casi intemporal. Juzgábamos a la demás Iglesias con criterios heredados del tiempo de la ruptura. Uno de los pasos más importantes que Juan XXIII dio fue invitar sencillamente a los cristianos a poner los relojes a la misma hora. No recurrió a nuevas ideas doctrinales sino que ayudado por su bondad y su sencillez incitó, a numerosos cristianos a cambiar de mirada hacia los demás y a no repetir fórmulas que ya no correspondían a la realidad en la que vivían. Él era un buen historiador y se daba cuenta que el presente había modificado las situaciones de antaño. Y su personalidad penetrada del espíritu de las Bienaventuranzas operaba cambios apenas perceptibles a primera vista, pero portadores de consecuencias que llegarían lejos.

¿Hemos ido hasta el final de esta lógica nueva? Juan XXIII utilizó la imagen de círculos concéntricos. ¿Está permitido insistir en la palabra «concéntricos»? Las diferentes Iglesias se han considerado en general como

círculos yuxtapuestos, situándose los unos *al lado* de los otros, tocándose a lo mejor por los bordes e incluso a veces recubriéndose parcialmente.

Sin embargo, todas las Iglesias tienen en común el centro: Cristo. ¿No deberían entonces aprender a verse entre ellas de otra manera; como círculos concéntricos que existen los unos *al interior* de los otros a causa su centro, centro que no puede ser dividido? A causa de él, Cristo, y a causa del lazo vital que cada una mantiene con él, ninguna Iglesia puede situarse al exterior de las otras. Cada una lleva en sí misma a las otras. En la medida en que cada una se acerca al centro no puede sino acercarse, al mismo tiempo, de las demás y en ese movimiento hacia el centro las divergencias solo pueden reducirse.

En una de sus cartas san Pablo habla de una «ley de Cristo» que debe inspirar nuestra vida cristiana (Gálatas 6,2). ¿Qué ley es ésta? En su bautismo Jesús rechazó diferenciarse de los demás seres humanos como si él fuera más justo que ellos, más puro o más inocente. En ese instante decisivo de la inauguración de su ministerio público se situó decididamente en medio de los que confesaban sus pecados pidiendo el bautismo de Juan. Sabía que el lugar que debía tomar estaba allí, en las aguas del Jordán, en el seno de esa multitud con necesidad de redención.

Ese lugar, Jesús va a asumirlo desde entonces y hasta el final. De ese camino iniciado en su bautismo no se desviará nunca durante todo su ministerio, aunque ese camino deba llevarlo a la cruz. ¿Qué palabra elegir

para expresar el camino de Jesús? No consistía únicamente en hacerse nuestro representante ante Dios o en asumir, en nombre de Dios, la naturaleza humana y el destino de todos los humanos. No, consistía en ir lo más allá posible: quería descender lo más bajo posible para no excluir a nadie de la comunión ofrecida por el Padre. Deliberadamente tomó el lugar del excluido para romper la exclusión en sí. Yo imagino su elección como la de un amigo: hizo un gesto extremo de amistad para reunirse con el otro en su exclusión, ponerse visiblemente al lado de él, ser tratado como él y ensanchar así el círculo de comunión por encima de todos los prejuicios humanos. La palabra exacta sería la de «sustitución» si entendemos bien que sustituyéndose a nosotros, Jesús no nos aleja de nuestro lugar sino que se pone por debajo del último de entre nosotros para incluir a éste también en la comunión con el Padre.

Este misterio de la sustitución ¿no debería repercutir en las relaciones entre las diferentes Iglesias? Es verdad que nosotros, cristianos del siglo XXI hemos heredado una división que no hemos querido. En las rupturas que se produjeron en el pasado no hemos tenido ninguna responsabilidad. Hemos nacido en esta situación. Las generaciones anteriores a nosotros han incluso, a veces, cultivado oposiciones, puesto que había que justificar el estado de división. Y ese estado de división ha sido abundantemente exportado a otras culturas y a otros continentes.

¿Qué mirada tenemos hoy sobre este estado de hecho? ¿Es una mirada nueva? Los que se consideran como rivales, se miran necesariamente con distancia.

¿Sabremos mirar desde el interior lo que anima a los demás? Si para nosotros Cristo se sitúa en el centro de nuestra vida de Iglesia y si para los cristianos de otra tradición está también en el centro, ¿cómo mirarnos recíprocamente? El círculo que nosotros formamos se encuentra, a lo mejor, al interior de otro, o bien este otro es llevado por nosotros. La necesidad de diferenciarnos de las otras tradiciones podría tener como consecuencia que nos alejáramos del centro del que nos reclamamos. Entre tradiciones diferentes se trata de algo más que de complementariedades o yuxtaposiciones, podría ser que nos encontráramos entrelazados los unos en los otros. A causa de Cristo que no puede ser dividido, somos solidarios de lo que los otros han recibido de él, solidarios en lo que ahora están viviendo bajo su inspiración.

No hay salvación sin unidad

Antes de sacar consecuencias prácticas de esta imagen de los círculos concéntricos hay que dejar en claro la manera en la que los autores del Nuevo Testamento entendieron la unidad en Cristo. ¿Por qué Cristo no puede ser dividido?

Demasiado a menudo la venida de Jesús ha sido presentada como portadora únicamente de la salvación personal: creyendo en él cada uno recibe para sí el perdón de los pecados, la liberación de lo que le

mantiene cautivo. Esta presentación no es falsa, pero corre el riesgo de ser unilateral. Ya que con el perdón Jesús se aporta a él mismo. Al morir y resucitar se ha convertido en el primer recién nacido de una humanidad reconciliada, principio y germen de una nueva humanidad. (Colosenses 1,18). Los que se sitúan en él por el bautizo forman ahora una humanidad que ya no está sometida a la fatalidad de las divisiones.

Por naturaleza, todos sin excepción estamos arrastrados por la rivalidad. Ningún ser humano escapa a ello. Lo que Jesús ha realizado muriendo por medio de un don total de sí mismo en la Cruz, ha sido hacer morir, en el corazón de la naturaleza humana que tenemos todos en común, la necesidad de oposición que reside en cada uno. Uniéndonos a él en el momento del bautismo nos hemos despojado de lo que es propio del viejo hombre: todas las maneras de querer ser más que los demás y de servirse de la división para ello. Es juntos que ahora formamos «un sólo Hombre Nuevo», «un sólo cuerpo» (Efesios 2,15). La reconciliación no sólo la anunciamos; Dios espera de su Iglesia que la encarne y la haga visible.

La presentación habitual de la salvación ha hecho que, a los ojos de mucha gente, el cristianismo haya tomado rasgos de una «religión» que responde a las necesidades individuales del hombre. Y es verdad, no hay otra necesidad más profunda en el corazón humano que la del perdón. Sin embargo todo lo que atañe a la vida social entre cristianos se ha encontrado así reducido a ser tan solo que un problema institucional o un tema de exhortación moral. Pero la visión de San Pablo

va más lejos. En la misma profundidad dónde el perdón nos recrea, la salvación hace de nosotros seres de comunión, ya que no nos salva únicamente al interior de nosotros mismos sino que nos atrae a Dios junto con todos los demás, rompiendo así el aislamiento y curando las relaciones heridas.

Una comunión nueva forma por tanto parte de la salvación, una comunión que no consiste únicamente en la unión de aquellos que están deseosos de estar juntos, sino que se recibe allí donde Cristo nos recrea, en la raíz de nuestro ser. La llamada a la fe que hemos oído nos pone de golpe «en un solo cuerpo» (Colosenses 3,15). El cristiano que se atrinchera en los límites de su individualidad habrá entendido mal el alcance de su salvación. Una real unidad se ha vuelto posible entre humanos, esta unidad es la única que corresponde a su verdadera dignidad.

Si en el pasado nos hemos infligido mucho mal entre cristianos, este mal no se limita a las polémicas incesantes o al uso de la coerción y la violencia. Este mal se encuentra en el hecho de que hemos dejado que la división se hiciera. Aún hoy cedemos demasiado fácilmente a una lógica de oposición y no dejamos que la exigencia de la unidad pase antes que cualquier necesidad de justificarnos.

La oración de la hora decisiva

Hay una manera paulina de concebir la unidad: Cristo muerto y resucitado conteniendo en sí mismo a toda la humanidad. Pero esta manera de ver a toda la humanidad como unida ya en Cristo no es un pensamiento familiar del hombre moderno, aunque éste admita siempre la unidad intrínseca de todo el género humano. San Juan liga, él también, la unidad de los cristianos a la pasión de Jesús, pero lo hace de manera más dramática, más existencial.

No dice únicamente que Jesús «debía morir para reunir en la unidad a los hijos de Dios dispersos» (Juan 11,51-52). Para él, la unidad tiene su lugar en los últimos instantes en los que Jesús pasó con sus discípulos. Podemos estar seguros de que durante esta comida Jesús rezó por la unidad de los que le habían sido confiados. Si el evangelista ha amplificado, según su costumbre, la intención de esta oración, el núcleo histórico se deja aún entrever en estas palabras: «Padre santo, guárdalos (los apóstoles) en tu nombre que tú me has dado para que sean uno como nosotros» (Juan 17,11).

Esta petición se encuentra en efecto, en el centro de la gran oración del capítulo 17 del Evangelio. Esta oración, en su forma amplificada, empieza con la evocación de la «gloria» común al Padre y al Hijo (v. 1-5) y se acaba insertando la unidad futura de todos los creyentes en esta misma gloria común (v. 20-26). Entre estas dos partes se encuentra lo que Jesús pide para los apóstoles, los que le arrojan en ese momento. Esta

sección (v. 6-19) obedece, ella también, a una estructura concéntrica: la petición central, la que concierne la unidad (v. 11) está enmarcada por otras dos peticiones, todas ellas formuladas en un principio de manera negativa: «yo no intervengo por el mundo sino por los que tú me has confiado» (v. 9) y «yo no intervengo para que los retires del mundo sino para que los protejas del mal» (v. 15). Antes y después de estas peticiones está descrita la situación de los apóstoles, de la cual son los depositarios (v. 6-8) y su misión por venir (v. 16-19).

Hay que darse bien cuenta que el instante de esta oración, «la Hora» como dice San Juan, fue dramático. Jesús insistió seguramente ante su Padre para que guardara a los apóstoles unidos. Debió de presentir que su muerte provocaría en ellos tal desolación que corrían el riesgo de dispersarse cada uno por su lado, volviendo a lo que al principio habían dejado a causa de él (Juan 16,32, Marcos 14,27). Y si ellos no se quedaban juntos, ¿quién iba a testimoniar? La obra que el Padre le había dado a llevar a cabo (v. 4) hubiera sido englutida por el silencio. Nadie habría sabido nunca nada.

Rezar por el mundo no tenía sentido en ese momento. Hacía falta, primero que nada, que esos hombres-testigos quedaran tan unidos que el tentador (el «mal» v. 15) no tuviera dominio sobre ellos. Jesús no puede ni siquiera apelar a la fuerza de su fe. Lo que debe mantenerlos juntos es el «nombre» que el Padre ha dado a su hijo, ese nombre que es una realidad propia de Dios, más objetiva y sólida que la fragilidad humana de la fe. Podríamos describirlo como un haz de luz que baja en el momento mismo de la aper-

tura del corazón de Dios y que se refleja sin cesar en el ser mismo de Jesús: es en esta realidad que los apóstoles deben poder quedar unidos, exactamente como el Hijo quedó unido al padre. Si esto les he dado, su testimonio será creíble.

La unidad futura de los creyentes por venir (v. 20), Juan la coloca en ese instante de extrema gravedad cuando Jesús va a dar su vida. Aparentemente, a esa hora, todo se derrumba. Pero algunos hombres tan pobres y frágiles como nosotros pudieron permanecer unidos gracias a la oración de Jesús. Y esta oración continúa, al lado de Dios, a mantener la unidad de los cristianos a lo largo de los siglos, ya que esta unidad debe una y otra vez atestiguar el carácter único de la revelación del Padre en su Hijo y manifestar cómo los humanos pueden estar unidos en Dios.

Una tensión inherente en la unidad.

La gran preocupación de la oración de Jesús en Juan 17 es la unidad, pero también evoca el envío de los apóstoles (v. 18), su palabra y la fe que ella podrá suscitar (v. 20). Algunos comentaristas han creído discernir en esta oración un simbolismo platónico, casi gnóstico: la unidad de la Iglesia estaría considerada de una manera estática como si ella no tuviera más que reflejar

la unidad inmutable entre el Padre y el Hijo tal cual existe en el cielo. Pero esto es olvidar que la unidad entre el Padre y el Hijo se llevó a cabo en la misión terrestre de Jesús a través de un combate y que se mantuvo como un acuerdo sin cese renovado entre las dos voluntades. Así será por tanto la unidad de los cristianos: tendrá que concretizarse en su misión y estará siempre sometida a tensiones y pruebas. Aquí abajo no se realizará jamás de otra manera que no sea a través de un crecimiento, como una aproximación de la unidad perfecta (Juan 17,23). La «gloria» que le es prometida, el esplendor en el amor, se dejará alcanzar sólo si los cristianos ponen todo su amor en salvaguardarla.

Dos polos deben quedar pues en tensión en nuestra comprensión de la unidad de los cristianos: ella tiene como modelo la comunión entre el Padre y el Hijo, pero ella se abre al mismo tiempo a aquellos que deben poder acceder a la fe. Ella tiene plenamente su valor en sí misma, puesto que ella sólo puede probar que Jesús tenía razón en decirse uno con su Padre. Pero ella debe al mismo tiempo servir, apunta más allá de sí misma, puesto que la unidad concierne este mundo que, desde fuera, está invitado al conocimiento de la fe (v. 23).

Los datos del Nuevo Testamento lo muestran bien: no sólo las imperfecciones humanas amenazan la unidad, las inevitables rivalidades entre personas y partidos. Una tensión profunda atraviesa todo el cuerpo de la Iglesia que viene del hecho de que la unidad existe únicamente estando intrínsecamente ligada a la historia, y debiendo realizarse ella misma a través de la Historia. En «los siglos por venir» tiene que demostrar

que la gracia de Dios es infinitamente rica para todos los hombres (Efesios 2,7). Al extenderse por toda la superficie terrestre la unidad debe hacer beneficiar de la paz de Cristo a aquellos que aún están «alejados» (Efesios 2,17). Y a lo largo de este avance en el tiempo y en el espacio la unidad no pondrá otra condición a la pertenencia a Cristo que la mera «confianza de la fe» (Efesios 3,12). Puesto que jamás un cierto estilo de vida, una herencia cultural o un código moral deberán hacer sombra al Evangelio y retener a los que buscan acercarse a Cristo. Todo ser humano, del lugar, de la época, de la cultura que sea, debe poder recibir la gracia liberadora de la salvación.

He aquí la tensión inherente a la unidad cristiana, tensión en absoluto negativa, pero que pide que sea asumida lucidamente: salvaguardar la gratuidad de la salvación y el carácter eminentemente personal de la fe y vigilar al mismo tiempo con una delicadeza extrema el « conservar la unidad del Espíritu por el vínculo de la paz» (Efesios 4,3); respetar hasta el final la trayectoria única de cada ser humano hacia Cristo y hacerla desembocar, no obstante esta trayectoria, en el reconocimiento de «una sola fe» (Efesios 4,5) –la fe de la Iglesia– que para nosotros será siempre recibida y jamás a la medida de un creyente aislado; o por decirlo aún de otra manera: dar la prioridad a la exigencia de la unidad sin olvidar sin embargo que esta unidad tendrá sin cesar que sobrepasarse puesto que la resurrección de Cristo hace «crecer» su cuerpo a lo largo de toda la historia. (Efesios 4,16).

Este crecimiento planteará inevitablemente pre-

guntas inesperadas que serán también cuestiones de verdad. En el capítulo de la carta a los Efesios que ya he citado en varias ocasiones, San Pablo dice que debemos «crecer hacia Cristo atestiguando la verdad en la caridad» (4,15). Todo crecimiento hacia Cristo implica pues que la verdad y la caridad sean en lo sucesivo inseparables. Las dos se acercarán la una a la otra acercándose cada una al que es la Cabeza, Cristo. En el pasado la afirmación de una verdad ha dado a veces la impresión a los cristianos de estar exentos de la exigencia de la caridad, como si la verdad (tal como se comprendía) debía normalmente primar sobre todo. En realidad, cuando la verdad debe ser dicha, la caridad debe aumentar de tanto o más. Tomemos un ejemplo en las relaciones humanas: no es el hecho de decir «sí» lo que pide un mayor esfuerzo de caridad; hacer comprender un «no» pide mucho más.

Sólo una caridad según Cristo puede permitir que la verdad se vuelva transparente y que descubramos en ella lo que está verdaderamente en su corazón. ¿Cómo, en efecto, encontrar las palabras adecuadas para hacer comprender lo que ella pretende, sin participar uno mismo a ese amor sobre abundante que intenta expresar? Y si, en una época determinada, una afirmación un poco excesiva de lo que se creía verdadero se imponía, la caridad debe poder templar ese exceso una vez que el peligro haya pasado. Para San Pablo verdad y caridad se encuentran en un contexto de *crecimiento*, en una visión por lo tanto, que nunca es estática.

Esta tensión inherente a la unidad ya se encuentra en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Vemos a

San Pablo poner todo en acción para que a los creyentes originarios del mundo pagano no se les imponga ninguna condición que pudiera hacer dudar de la gratuidad del Evangelio de Cristo. Y otro paso de ese mismo apóstol está igualmente recalcado: él se somete a costumbres judías muy particulares (21,24) y va incluso hasta arriesgar su vida por un viaje a Jerusalén (21,11-12) con el único propósito de manifestar concretamente su comunión con la Iglesia madre. A causa de Cristo, Pablo es «todo a todos» (1 Corintios 9,22). Si surge entonces una tensión, le toca a él, primero, de superarla en sí mismo.

Ninguno de nosotros vive para sí mismo

¿Cómo aplicar ahora la imagen de los círculos concéntricos a la realidad presente? Cristo tiene su sitio en el corazón de la vida de cada Iglesia. Lo que otros cristianos viven en su nombre no podemos considerarlo como extranjero a nosotros. «Ninguno de nosotros vive para sí mismo (...) puesto que somos de Cristo» (Romanos 14,7-8). A causa de Cristo, las denominaciones cristianas no se encuentran nunca las unas al lado de las otras. Lo que tienen de más precioso las atraviesa a todas.

La imagen del círculo ha encontrado una excelente

aplicación en San Doroteo de Gaza (siglo VI): «Suponed un círculo trazado en la tierra, es decir, una línea circular hecha con un compás y un centro. Llamamos precisamente centro al medio del círculo. Imaginad que ese círculo, es el mundo; el centro, Dios; y los rayos, las diferentes vías o maneras de vivir de los humanos. Cuando los santos, deseosos de acercarse a Dios, van hacia el medio del círculo, en la medida en que penetran en el interior, se acercan los unos a los otros al mismo tiempo que a Dios. Cuánto más se acercan a Dios más se acercan los unos a los otros; y cuánto más se acercan los unos a los otros, más se acercan a Dios»

El tema de la sustitución se inscribe sin dificultad en la lógica de esta imagen: no puedo acercarme a Dios sin asumir, cada vez de más cerca, lo que los otros viven acercándose a él y sin dejarles sitio para que se acerquen a él. Nada en la vida de los demás me es indiferente. A causa de Cristo todo lo que viene de él me concierne. Puesto que él es el Viviente, que obra en todos los que le rezan.

Cuando el hermano Roger expresaba tan claramente su voluntad de «reconciliar en sí mismo la fe de sus orígenes con el misterio de la fe católica sin rupturas de comunión con nadie», ¿no hacía entender que vivía de una evidencia que era para él más fuerte que la de la división? Y cuando en la carta de Cochabamba el hermano Alois proponía un «intercambio de dones entre las diferentes tradiciones cristianas «¿no hacía una llamada a una realidad que «ya ha empezado»?

Me gustaría esbozar en algunas líneas cómo la imagen de los círculos podría eventualmente recibir una

aplicación. De todas las Iglesias, la Iglesia católica es probablemente la que mejor ha comprendido la universalidad que pretende la fe cristiana. Ninguna separación en Iglesias nacionales ha podido nunca introducirse en ella. El ministerio petrino, el ministerio del sucesor del apóstol Pedro en la sede episcopal de Roma ha permitido salvaguardar una fuerte cohesión en cualquier lugar donde se encuentre, una cohesión que se extiende ahora por toda la superficie del planeta. Esto se ha llevado a cabo gracias a una forma de institución precisa pero hay que reconocer que por debajo de esta forma institucional ha habido, a lo largo de los siglos, un extraordinario impulso misionero sostenido por una auténtica llamada a la santidad.

¿Es posible pedir a la Iglesia católica que asuma, ahora más que nunca, la vida de los que nacieron fuera de ella, pero pertenecen a Cristo por su fe (su bautismo) y por sus aspiraciones a la unidad visible? ¿Se puede esperar de ella que los tome en cuenta en lo que ella afirma y emprende y que evite lo que pudiera alejarlos de ella o herirlos? Si ella (la Iglesia católica) siente una verdadera vocación a la universalidad, ¿no siente también en el fondo de sí misma que lleva dentro de ella, en alguna parte, a todos esos otros cristianos? Y cuando se plantea una cuestión sobre la verdad, ¿está preparada para ir más allá de sí misma en la caridad?

Tal línea de conducta supone un gran desinterés y no debería jamás poder ser interpretada como una manera de anexionar cristianos de otras confesiones. Puesto que iríamos entonces en un sentido opuesto al de la sustitución. En efecto, ésta consiste en el rechazo

de excluir a los demás de la comunión que cada uno ha recibido, e incluso en el deseo de hacerse otorgar por Cristo una responsabilidad con respecto a aquellos que nos situarían por debajo de ellos antes que por encima.

Si el ministerio de Pedro continua siendo a los ojos de muchos un obstáculo a la reunificación, ese mismo ministerio ofrece también a un sólo hombre la oportunidad de asumir por él semejante extensión de su responsabilidad. Eso ha pasado a lo largo de todo el pontificado del Papa Juan XXIII, pero también de manera muy precisa en el momento en el que el Papa Pablo VI yendo a la Asamblea de las Naciones Unidas preguntó a los observadores de las otras Iglesias presentes en el Concilio, si podía decir que hablaba también en nombre de ellas; o también en ese año 2000 cuando el Papa Juan Pablo II quiso marcar el fin del milenio con una gran confesión de las faltas propias de la Iglesia católica. Cristianos de otras Iglesias envidiaron entonces la audacia de este paso que aparentemente sólo tal ministerio tenía los medios.

Pero ¿cuál es el aporte de las Iglesias nacidas de la Reforma a esta visión de los círculos concéntricos? Me parece que estas Iglesias han recordado con fuerza un cierto aspecto de la Nueva Alianza concluido por Jesús, en su muerte y resurrección, que las Iglesias más institucionales han estado, a menudo, tentadas de descuidar. Puesto que si la Nueva Alianza designa en la Escritura una alianza universal (no limitándose únicamente al pueblo de Israel sino que se extiende a todas las naciones) y una alianza irrompible, comporta

también la novedad de no dirigirse desde el exterior a los interlocutores humanos; va a renovarlos desde el interior.

Para los Apóstoles era evidente que el don del Espíritu Santo había sido dado a todos los creyentes. San Juan puede decir en su primera epístola (2,20): «Todos tenéis la ciencia (la sabiduría)» Y para San Pablo cada bautizado está llamado a dejarse «llevar por el Espíritu» y a tener confianza en la manera en que este Espíritu puede «animarle» y «vivificarle» Gálatas 5,16; 18; 25). A esta realidad altamente personal todos los creyentes tienen parte. Tal ánimo interno y tal sabiduría de corazón no son efectivamente reservados a una élite sino que se ofrecen a todos los creyentes con el fin de que den fruto en cada uno.

Este aspecto casi «místico» de la Nueva Alianza colabora a la belleza del tratado de Lutero sobre «la libertad del cristiano». Una llamada a la madurez está dirigida a cada creyente. Cada uno tiene una responsabilidad y por ello debe ponerse a la escucha de la Palabra, de tal manera que ésta le impregne verdaderamente su vida. Nadie puede sustraerse a la obligación de ser consciente de cómo actúa. Las exigencias contenidas en el Evangelio piden ser consentidas interiormente y esto solo es posible si recibimos sin cesar dentro de nosotros el perdón de Cristo y si dejamos ahondar en nosotros una comunión personal con él, una comunión que permite decir: «lo que tiene Cristo, el alma creyente lo recibe como propio, y lo que tiene el alma (sus debilidades, sus pecados) Cristo lo considera como suyo.»

Comprendemos sin dificultad que la tensión inherente a la unidad, cuestión tratada precedentemente, se ha hecho sentir del momento que este aspecto de la Nueva Alianza ha sido muy fuertemente acentuado. En tiempos de la Reforma fue difícil resistir a la prueba de esta tensión. Dicha tensión hizo perder a la Iglesia su unidad. Factores no teológicos (políticos, sociológicos, psicológicos) contribuyeron, por otro lado, mucho a esta ruptura. Sin embargo, la reforma deseada en ese momento hubiera debido hacerse en el interior de un cuerpo más grande. Es lo que se hace sentir de nuevo hoy: la herencia recibida sólo será realmente fecunda si es situada en un círculo más amplio (para retomar la imagen de los círculos concéntricos)

En su Ética, Dietrich Bonhoeffer ha recordado a los cristianos protestantes que se corría un peligro si sólo se retiene el aspecto del anuncio de la Palabra, puesto que de esta manera se iba a olvidar lo que la Iglesia debe ser *en sí misma* para significar algo para el mundo. Bonhoeffer ha enumerado los ámbitos en los que un empobrecimiento se ha hecho sentir: la liturgia, la disciplina eclesial, la disciplina personal, y particularmente la concepción que se ha hecho del ministerio pastoral. El mismo ha presentado que se tendría así muchas más dificultades para adaptarse al mundo, por ejemplo en las grandes cuestiones de ética.

Cuando un aspecto ha sido acentuado de manera unilateral, tiende a convertirse en exclusivo. Y es entonces casi fatal para los que adhieren sobretodo a ese aspecto, se alejan de los que no siguen esa línea. Encuentran en esta acentuación excesiva su fuerza.

Acercádonos más conscientemente al centro, Cristo vivo, ¿vamos a poder detener tal fatalidad y permitir al aspecto aislado que encuentre su real fecundidad en el seno del conjunto?

Lo sé, la utilización de la imagen de los círculos concéntricos supone que se tenga una cierta mirada sobre la Iglesia, una mirada que la perciba más allá de su funcionamiento y de sus discursos y que busque en ella a Cristo presente. Es él, quien constituye el ser mismo de la Iglesia. No vive únicamente en cada uno. El mismo es el cuerpo, el Hombre Nuevo, puesto que es «todo en todos» (Colosenses 3,11); él es lo que somos juntos, al igual que es el fondo del ser de cada uno. Es, él, toda la vid, y nosotros somos «sarmientos en él» (Juan 15,2)

Como el hermano Roger lo recordaba a menudo, la misma mirada que tenemos sobre el ser humano (una mirada mística) es necesaria para comprender a la Iglesia: hace falta una visión «mística» como él decía, visión que las Iglesias de tradición ortodoxa han guardado probablemente mejor a través de su vida litúrgica. En este caso «místico» no significa en absoluto separado, despegado de lo real, puramente espiritual, etéreo. La palabra hace referencia, al contrario, a un misterio que es más real que todo: esta Iglesia concreta, humana, carnal está *habitada* por la presencia del resucitado. Todo su ser, ella lo tiene en él. Gracias a él, ella es el lugar dónde el tiempo no se desmorona más en construcciones efímeras y en dónde el espacio no se dispersa más en alejamientos infranqueables. Los determinismos de la historia no tienen ya la última

palabra sobre ella, ya que de él viene un influjo vital y unificador que la atraviesa completamente. Si a través de su encarnación él asumió la extrema diversidad de los humanos y todas sus deficiencias fue para constituir en el corazón de la creación un cuerpo eternamente joven donde reine la paz. ¿Cómo dejarlo dividido en ese cuerpo?

José y sus hermanos

La pregunta vuelve a menudo últimamente: si en todas partes se ha tomado conciencia de la importancia de la unidad ¿por qué hay tan pocos progresos en una realización *visible* de esta unidad? En las relaciones de las Iglesias reina mucha más amistad que antes, pero ¿por qué tan pocos pasos concretos que reunifiquen lo que estaba roto entre cristianos? El miedo se hace oír ya: estancación significa en realidad retroceso.

El Patriarca Anténágoras de Constantinopla (muerto en 1972) había pensado que si reuniéramos teólogos de todas las Iglesias en una isla de Bosforo y que si les dijéramos «no saldréis de aquí si no habéis hecho la unidad» lo conseguirían. Diciendo ésto, no negaba en absoluto los problemas existentes; expresaba solamente su convicción que la solución de estos problemas depende de la urgencia que demos a la exigencia de la unidad.

Al final del libro del Génesis se encuentra la historia de la reconciliación de José y sus hermanos (capítulos

37 a 50). Un hecho muy curioso no puede no llamar la atención del lector: cuando estos hermanos, que habían querido eliminar a José, van a la corte egipcia para implorar ayuda ante la hambruna que puede hacerles perecer y que se encuentran delante del virrey, del cual ignoran que es José, éste se guarda bien de decirles quién es. Hubiera podido abrazarles enseguida y decirles que inmerso en la felicidad de volver a encontrarse no iban a volver sobre el pasado. No, con una increíble sabiduría (¿sabiduría egipcia?) quiere ayudarles a que sean conscientes de lo que ha ocurrido realmente.

De su boca no sale ninguna palabra que pudiera abrumarles. No los acusa, no se venga de ellos. Muy delicadamente, les lleva a recordar hechos del pasado y a descubrir así hasta qué punto habían herido la más fundamental solidaridad, aquella de entre hermanos. Y uno de ellos, Judá, comprende lo que está en juego: se ofrece a quedarse en la corte de Egipto «como esclavo en lugar del niño» (Génesis 44,33). En efecto si el más joven de los hermanos, el que más cuenta para su ya anciano padre, debiera ser retenido como rehén, como el virrey lo pide, entonces el padre moriría. No soportaría estar separado de este hijo, él que antiguamente ya había perdido a José, el otro hijo de la misma madre. Judá va entonces al extremo: se dice preparado a reemplazar ese medio-hermano, puesto que sólo un tal impulso prueba la sinceridad de la solidaridad. Y José escuchando esto rompe en llanto.

Entre cristianos de diferentes confesiones nos hemos acusado ya bastante de todo el mal que hemos podido

hacernos, los unos a los otros, a través de la violencia y el desprecio. Sin embargo otro mal debe aún venir a la consciencia, un mal más profundo, a primera vista menos cruel, pero en realidad más insidioso: el propio mal de la división. Es verdad, no puede ser cuestión de posponer las ocasiones de manifestar la afección recíproca y la colaboración. Pero ¿estamos preparados para probar, incluso con actos muy concretos, la sinceridad de nuestra solidaridad y a dar así una verdadera urgencia a la exigencia de la unidad?

Traducción del francés de Montse Tebas

© Ateliers et Presses de Taizé, 71250 Taizé, France
DL 1107— septembre 2009 — ISSN: 2101-731X — ISBN 9782850402951

Achevé d'imprimer en juillet 2009 imprimerie — AB. Doc, 71100 Chalon sur Saône